

I. DANTE EN LAS TRIBULACIONES DE SU TIEMPO

Cuando Dante se consideró llegado a la madurez,

»nel mezzo del cammin di nostra vita»,

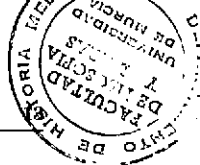
dispuesto a iniciar la segunda etapa de su peregrinación terrenal, producíase el tránsito del siglo XIII al siglo XIV. Ahora bien, el siglo XIV se presenta a la luz de la historia bajo el signo de la decadencia de aquellos poderes universales que dieron fisonomía a la cristiandad medieval en Occidente. Nos referimos al Papado y al Imperio. Su crisis institucional se hacía evidente hasta para el más superficial de los observadores. Si el ideal de la *respublica christiana* fuera, y seguía siendo, el de una comunidad de los pueblos cristianos bajo la dirección conjunta del Papa y el Emperador como cabezas visibles en lo espiritual y lo temporal respectivamente, forzoso era reconocer que ambas potestades, pero sobre todo la imperial, no respondían entonces de manera satisfactoria a las exigencias de su misión tutelar. La necesaria cooperación que tan peculiar diarquía suponía, había dado paso a una rivalidad que acabó debilitando gravemente a una y otra institución.

La prolongada y violenta lucha sostenida por los Hohenstaufen contra el Pontificado había concluído, a mediados del siglo XIII, con la ruina del poderoso linaje suabio. Su caída arrastró la del Imperio. El «gran interregno» (1254-1273) es uno de los declives abismales que periódicamente jalonarán la dramática historia de Alemania, con sus peculiares altibajos de esplendor y miseria, de entusiasmo y de renuncia, de dilatación y encogimiento, hasta los azarosos días de su expectativa actual. La carencia de gobierno central trajo consigo, no sólo la impotencia exterior, sino también una descomposición interna, un estado de anarquía

cuya única ley era la ley de la fuerza tan sugestivamente evocada en su primaria elementalidad por la fórmula alemana del «*Faustrecht*», del «derecho del puño». Pero la funesta contienda fué perjudicial también para el Pontificado, el cual, a pesar de su victoria, vió mermado por algún tiempo su prestigio y autoridad. La rivalidad entre Felipe el Hermoso de Francia y Bonifacio VIII, que llena los últimos años del siglo XIII y los primeros del XIV, tiene como resultado la dependencia del Pontificado respecto de Francia, Prueba visible de esta dependencia fué el traslado de la curia pontificia a la ciudad de Aviñón, en 1309, bajo Clemente V. La residencia de los papas en Aviñón se prolongó hasta 1377 y muchos cristianos piadosos pudieron ver en ella un segundo «destierro de Babilonia», cuyo término pedían a Dios. Mas, terminado el cautiverio de Aviñón, comenzaría el gran «cisma de Occidente», con el subsiguiente auge del conciliarismo y el nacionalismo religioso. Crisis de autoridad, por un lado, y rebeldía por otro: tal era, por doquier, el espectáculo que ofrecía la cristiandad en el siglo XIV.

Y sin embargo, entonces precisamente encuentran su formulación doctrinal más coherente y extremada el principio de la jurisdicción temporal universal del Pontificado (teocracia), contrario, por cierto, a la concepción tomista, y la de la jurisdicción mundial del Imperio. La primera es obra principalmente de Egidio Romano: la segunda, de Dante Alighieri. Diríase que el radicalismo teórico recibía un estímulo de las calamitosas circunstancias reales. Las luchas entre ambos poderes, que se libraron también en el plano intelectual de las polémicas doctrinales, habían dado como resultado una mayor precisión y elaboración teórica de los respectivos puntos de vista. Pero es la violencia de las discusiones, que ahora se hacen más apasionadas, la que infunde a las teorías en pugna su peculiar rigidez y unilateralidad. En general no encontramos ya la serenidad de ánimo con que un Santo Tomás de Aquino, por ejemplo, habíase ocupado, medio siglo antes, de las relaciones entre el poder temporal y el espiritual en el marco de un conjunto doctrinal sistemático.

Dante, por consiguiente, elabora la teoría del imperio universal en un momento de irremediable quiebra de la autoridad imperial. Pero quizás esta circunstancia nos dé la clave del *pathos* con que afirma y defiende su tesis; pues a la falta de tal autoridad se debe, según Dante, la inestabilidad y la corrupción de la vida política de la época. La situación de su patria italiana no había dejado de ser precaria, aun después del gran interregno. Italia, fragmentada en una serie de reinos, principados, *signorie* y repúblicas, era campo de batalla de todos los apetitos, escenario de todos los desenfrenos públicos y privados. El estro poético del



Florentino se complace con dolorida reiteración en la descripción de estos males, con pinceladas dignas de los profetas bíblicos, cuyo estilo vigoroso revive en las encendidas estrofas de la *Divina comedia*. Italia es esclava, morada de dolor, «nave sin capitán en gran tormenta», y si antes dominara a los pueblos, vende hoy su honra al primero que llega (1). Predestinada al Imperio, dotada por Justiniano de leyes sabias, desoyó la voz de la razón, semejante a una fiera sin freno (2). La capital del orbe, Roma, es una viuda que abandonada llora, clamando día y noche por su protector:

«*Cesare mio, perchè non m'accompagne?*» (3).

En una palabra, Italia parece dejada de la mano de Dios, entregada a la violencia de los más audaces, que la pisotean:

«*Chè le terre d'Italia tutte piene
Son di tiranni...*» (4).

Como harán más tarde los grandes moralistas del Renacimiento, ve Dante con claridad que el desorden en lo público es concomitante del desorden en lo privado, que la corrupción de la ciudad corre pareja con la corrupción del individuo. Ello se advierte con relieve insuperable en sus evocaciones de Florencia, antes y después de sus contiendas civiles: nada refleja mejor el contraste de una y otra época que el que media entre las «sfacciate donne fiorentine» de hoy (*Purg.*, XXIII, 101) y las virtuosas matronas de antaño, cuyo elogio pone con tanta complacencia Dante en boca de su antepasado, Cacciaguida, en el canto XV del *Paráiso*.

El ambiente de guerra de todos contra todos y de disolución moral en los individuos y los pueblos, explica el anhelo primordial que late en el espíritu de Dante, político: el anhelo de paz: paz para su ciudad, paz para Italia, paz para el linaje humano. La paz es un concepto central del sistema político de Dante. Como en los profetas de Israel, la visión apocalíptica de las consecuencias de la discordia tiene la contrapartida del elogio de las excelencias de la paz. Un elogio de esta índole encierra precisamente la evocación que, como acabamos de ver, hace Cacciaguida, de la Florencia de otros tiempos, que en medio de sus murallas

«*si stava in pace, sobria e pudica*» (5)

Con gravedad y empaque formularía Dante este su afán de paz en la célebre invocación con que termina el libro I de su tratado *De*



monarchia, con su referencia final al libro de los *Salmos* (CXXXIII, 1): «¡Oh, género humano! ¡Cuántas tempestades; daños y ruinas tienes que padecer mientras seas bestia de muchos amos! Por eso te esfuerzas en revolverte con el intelecto y el afecto, corrompidos y no cuidas de la razón superior, que posee argumentos insuperables, ni miras el rostro inferior de la experiencia, ni siquiera el dulce afecto de la divina persuasión cuando por el rumor del Espíritu Santo te inspira. ¡Oh, cuán buena y cuán dulce cosa es unir a los hermanos en mutua unión!» (6).

De esta paz tan deseada no pudo gozar Dante, como es sabido, a lo largo de su vida terrenal. Envuelto en la lucha de güelfos y gibelinos que desgarraba a la ciudadanía florentina, conoció los rigores del destierro, y en el destierro murió. Con ternura piensa, en una ocasión (7), en la posibilidad de volver a la ciudad ingrata, una vez terminado el poema que ha de inmortalizar su nombre entre los hombres, y aplacada la crueldad que le mantiene fuera, para ser coronado en la iglesia donde le bautizaron de niño. El uso del futuro da una consistencia singular a su dulce esperanza:

«... ed in sul fonte
Del mio battesmo prenderò il cappello».

Pero ya no le sería dada la realización de su deseo. Hubo de andar de un sitio a otro hasta el fin de sus días, sin hallar consuelo ni sosiego. La violencia de sus invectivas atestigua hasta qué punto sufrió de su condición de expatriado. En todo caso, supo dar a su desazón un acento inolvidable, condensando toda la nostalgia de la patria ausente en aquellos versos de insuperable sinceridad en que Cacciaguidda le anuncia, en el *Paraiso*, sus desventuras:

«*Tu lascerai ogni cosa diletta
Più caramente...
Tu proverai sì come sa di sale
Lò pane altrui, e' com'è duro calle .
Lo scendere e 'l salir per l'altrui scale*» (8)

Sí: Dante hubo de dejar en Florencia todo lo que más amaba; conoció el sabor amargo del pan ajeno, el duro camino del subir y bajar escaleras extrañas. Por eso, cuando el Emperador Enrique VII anunció su expedición a Italia, en un intento de restaurar en la Península el poderío imperial, Dante, lleno de júbilo, vió en él al anhelado salvador. Con verdadero aliento mesiánico exhortó a todos, en su «Epístola a los príncipes, senadores y pueblos de Italia», a que le reconocieran como instau-

rador de la paz. Pero el monarca murió prematuramente, en 1313, después de haber puesto infructuoso cerco a Florencia. Fácil es imaginarnos con qué sentimiento acogería Dante la triste noticia, que hacía derribarse todos sus sueños.

Nadie lamentará, sin embargo, las tribulaciones que en Dante experimentaron el hombre y el ciudadano, si se considera que fueron el precio que el pensador, y sobre todo el poeta, habían de pagar para adquirir plena conciencia de su misión y que madurase la potencia creadora capaz de llevarla a cabo. Sin las tensiones de su desgarrada intimidad, nacidas en parte de la forzada contención de sus impacencias humanas y políticas, ¿de donde hubiera brotado la fuerza avasalladora capaz de encerrar en la *Divina Comedia* una visión total de la humana condición en el tiempo y en la eternidad, en el despliegue de su historia mundanal y su destino ultraterreno, enmarcada en el cosmos natural y el sobrenatural, una visión que si sobrecoge por la potencia de las evocaciones y el carácter inapelable de los anatemas, no cautiva menos por la penetrante suavidad de inspiración franciscana que una y otra vez sosiega nuestro agobiado espíritu? El proceso que Arnold J. Toynbee ha caracterizado magistralmente con los términos de «withdrawal and return», de retiro y vuelta al mundo, y que según él es una condición esencial de la auto-determinación creadora en los grandes individuos y pueblos en su período de crecimiento, lo recorrió Dante en la dolorosa prueba de su destierro, cuya triunfal salida fué la *Divina Comedia*.

